

Brisa marina: ocho notas para una imitación

Alrededor del poeta José María de Heredia

Adolfo Castañón

Para Rafael Rojas



William Turner, *Chichester Canal*, 1828

I

John Keats descubrió la *Odisea* de Chapman con el mismo ánimo suspendido con que a Vasco Núñez de Balboa, luego de atravesar Panamá, se le revela el Océano Pacífico. ¿Cómo habrá sido de intensa y maravillada la primera lectura que hizo José María de Heredia (1842-1905) —el poeta francés de origen antillano, descendiente de un conquistador: Don Pedro de Heredia y primo del también insigne poeta cubano José María de Heredia y Heredia (1803-1839)— de la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo que decide traducirla del castellano del siglo xv, más que sólo por gusto y amor por una especie de fatalidad hereditaria que nada tiene de accidental? ¿Cuál no habrá sido su regocijo cuando en medio de esa delicada transposición escu-

cha el anuncio de que se acaba de descubrir en Guatemala el original manuscrito del soldado escritor? Al traducir al francés la *Historia verdadera...*, Heredia está conversando con sus difuntos y trayendo a la lengua de Racine a uno de los herederos cabales del Cid; salvando su sangre y dando voz a los fantasmas de su propio pasado sólo a medias sepulto. El poeta-cartógrafo está poniendo un marco magnético a *Los Trofeos* (1893).

La traducción que hace José María de Heredia del antiguo capitán de Hernán Cortés se publica en cuatro volúmenes entre 1877 y 1887 y lleva por título *La véritable Histoire de la Conquête de la Nouvelle Espagne par le Capitaine Bernal Díaz del Castillo, l'un des Conquistants*. Gustave Flaubert saludaría con arrebatado entusiasmo este trabajo en una carta dirigida a Heredia el 7 de abril de 1879: “¡Qué refres-

cante y qué divertido! ¡Eso sí que es historia!... Desde que empecé a leerla sólo sueño en la entrada y en la salida de México”. La publicación de su libro de sonetos *Los Trofeos* le vale a Heredia entrar de inmediato a la Academia Francesa pasando sobre las postulaciones de Verlaine y de Zola. Ingresará a la Academia llevando el traje de su maestro Leconte de Lisle, gentilmente cedido por su viuda. Al final de su vida, en 1903, este discípulo de Baudelaire, de Théophile Gautier y de Leconte de Lisle, recibe del Alcalde Municipal de Santiago de Cuba el encargo de escribir tres sonetos para conmemorar el centenario de su pariente antillano José María de Heredia y Heredia (1803-1839) “el cantor del Niágara rugiente” y uno de los fundadores de la literatura romántica hispanoamericana y mexicana. Escribe entonces algunos de sus contados poemas redactados



William Turner, *Wreckers on the Coast of Northumberland with a Steam-boat-Assisting a Ship off Shore*, 1835

directamente en español. Dice así el tercer soneto de la serie:

Y abandonando el habla de la Francia
 en que dije el valor de los mayores
 al evocar a los Conquistadores
 en su viril, magnífica arrogancia,
 hoy recuerdo la lengua de mi infancia
 y sueño con sus ritmos y colores
 para hacerte corona con sus flores
 y envolver tu sepulcro en su fragancia.

¡Oh sombra inmensa que la luz admira!
 Yo que cogí de tu heredad la Lira
 y que llevo tu sangre con tu nombre,
 perdón si balbuceo tu lenguaje
 al rendir, en mi siglo, este homenaje
 al Gran Poeta con que honraste al

[Hombre!]¹

¹ Max Henríquez Ureña, "Poetas cubanos de expresión francesa", *Revista Ibero-Americana*, III (1941), pp. 308-310.

El ascendiente de Heredia el romántico sobre su primo el Heredia parnasiano ("Yo que cogí de tu heredad la Lira") no se limita a estos tres sonetos² y resulta que quizá tal es la raíz de su resonancia en América Latina, de Julián del Casal a Leopoldo Díaz e Ismael Enrique Arciniegas, de Horacio Quiroga a Julio Herrera y Reissig.

II

La celebridad de Heredia tenía que crecer más allá de las fronteras de Francia. La novelista Emilia Pardo Bazán en la novela *La quimera* (1905) hace este retrato del gran poeta franco-cubano:

² El ascendiente del romántico José María de Heredia y Heredia sobre su primo el parnasiano francés nacido en Cuba José María de Heredia ha sido explorado en el artículo de Harry Goldgar: "Three Spanish Sonets of José María de Heredia" publicado en *Comparative Literature*, University of Oregon, vol. xv, invierno de 1963, núm. 1, pp. 23-32.

El salón iba llenándose de gente: ilustraciones masculinas, damas vestidas con más atrevimiento que en Madrid. Había poetas capilares codeándose con celebridades indiscutibles, como el gran Heredia. Presentado a él, Silvio le miró con veneración fetichista. El destino de aquel hombre de corta estatura, de tipo español, sordo, distraído, ya metido en años, era el destino envidiable, ideal, del artista. Con reducida labor, breve, pero intensísima, de una intensidad como no ha solido verse desde el Renacimiento; sin soñar en renovar formas; aceptando la más rígida, la más hecha y manejada de todas: el soneto; sin reincidir en el intento victoriosamente logrado; sin perderse en el afán de renovarse; sin decadencia posible, por lo único de la obra; sin la lucha innoble con la necesidad y el envilecimiento de la sobreproducción y del industrialismo; serenamente, bellamente, señorialmente, había llegado a la plenitud de la gloria. ¿Y qué pintor podía preciarse de haber igualado a Heredia, el colorista, menos que sea Moreau?



William Turner, *The "Fighting Temeraire", Tugged to her Last Berth to the Broken Up*, 1838

No era la primera vez que Silvio, sufridor de todas las dudas por la misma incandescencia de su fe, se había preguntado, leyendo a Flaubert, a Heredia, a los coloristas de la pluma, si era dable superarlos con el pincel; y ahora la duda reaparecía al recordar el esplendor de *Los Trofeos*, Antonio en brazos de Cleopatra, viendo en sus ojos el inmenso mar y la huída de las galeras de Accio, los conquistadores españoles sobre el fosforescente azul del mar de los trópicos, en la proa de las blancas carabelas, inclinados para ver surgir estrellas nuevas del fondo del Océano.

El elogio de Pardo Bazán no deja de traer su puntilla crítica: el poeta como un orfebre, como un herrero que fragua armaduras quizá vacías o como un ebanista que talla muebles carcomidos por una rata... de biblioteca...

III

Doña Emilia Pardo Bazán —la musa colosal del titánico Benito Pérez Galdós— evoca en

ese fragmento varios lugares inolvidables de los sonetos contenidos en *Los Trofeos* y concluye recordando a los conquistadores “inclinados para ver surgir estrellas nuevas del fondo del Océano”. Ese recuerdo emiliano nos hace recordar un pasaje del *Diario*, todavía inédito en su totalidad, de Alfonso Reyes. Cuando Alfonso Reyes se acerca por mar a la Argentina, después de la embajada en París, a bordo del navío turístico llamado *Vauban* escribe taquigráficamente:

El barco acaba por ser como un gimnasio flotante, y se justifica que la biblioteca sea tan pequeña porque, en verdad, dan más ganas de jugar que de leer. *Hoy noche vi por primera vez la Cruz del Sur (les étoiles nouvelles)*.³

Reyes cita de memoria y sin dar el autor, dando por supuesto que él y su lector no necesitan recordar que se trata de José María

de Heredia, el poeta de Francia y Cuba cuyo busto vigila una de las esquinas del Jardín de Luxemburgo en París. Es la última línea del primer soneto de la serie “Los conquistadores”. Dice así Heredia en la versión de uno de sus traductores: “O la proa de sus naves, siguiendo ignotas huellas, / bajo ignorados cielos, atónitos veían / del fondo del Océano surgir nuevas estrellas”.⁴

En una carta a Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña (Carta núm. 30: 2 de mayo de 1911, p. 167) dice a su amigo mexicano:

Los versos que preludian a los de Heredia en lo de ‘les étoiles nouvelles’ son latinos de Etienne de la Boétie, el amigo de Montaigne. Aunque precede en un siglo a Balbuena, no creo que éste lo imitara. Nunca fue muy conocido de la Boétie. En un poema sobre Colón tiene estos versos (no sé si están escritos con la medida justa):

³ 16 junio de 1927 en: Alfonso Reyes, *Diario, 1911-1930*, Universidad de Guanajuato, 1969, p. 195.

⁴ José María de Heredia, *Los Trofeos*, traducción de José Antonio Niño, Imprenta Universitaria, México, 1957.



William Turner, *Vessel in Distress off Yarmouth*, 1831

vasta per signora nautae
ingressi, vauas sedes et inaniregna
vident, solueque alium,
terrasque recentes,
et nos haec, halio fulgurtia siden coelo.

Los versos de Bernardo de Balbuena dicen:

del interés la dulce golosina
los trajo en hombres de cristal y hielo
ver nuevas estrellas y regiones
de este otro rostro paredón del suelo.
(*Grandeza mexicana*, 1609, II, 15-18)

José Luís Martínez, el editor de la *Correspondencia* AR/PHU extiende la noticia:

Pedro Henríquez Ureña volverá a este tema en el artículo sobre “Las nuevas estrellas” de Heredia, 1918, (recogido en *Obra crítica*, Fondo de Cultura Económica, 1960, pp. 608-609) en donde precisará la cita de La Boétie: “Epístola ad Beletium et Montarum” de cerca de 1550 y añade otros textos de Pedro Mártir de Anglería y de Camoëns que se refieren también a las estrellas del nuevo mundo.

Otras fuentes sobre la alusión a las “estrellas nuevas” se encuentran en el *Voyage en Égypte et en Nubie* de Jean-Jacques Ampère (1800-1864) donde aparecen los siguientes versos:

Et des astres nouveaux inconnus a l'Europe,
Versent pour nous leur flux
dans le champ sideral,
Au sud où resplandit l'étoile de Canope,
Nous regardons monter la croix du ciel
[austral].⁵

Pedro Henríquez Ureña dedica un largo párrafo a la cuestión de las “estrellas nuevas” en el capítulo I de su libro *Las corrientes literarias en la América Hispana*:

El cielo y las estrellas nuevas que no habían sido más que un dato científico en los tratados astronómicos desde Aristóteles hasta Alfonso X el Sabio, convirtiéronse en tópico literario en el siglo XVI. Reaparecen en las *Décadas de Orbe Novo* de Pedro Mártir de Anglería; en el *Itieranium* del humanista italiano Alessandro Geraldini, primer obispo de Santo Domingo y probablemente el primero que escribió verso y prosa latinos en América (“*alia sub alio coelo sidera*”); en la *Historia general y natural de las Indias* de Gonzalo Fernández de Oviedo (“Estrellas no vistas sino por acá”); en el poema de Girolamo Frascastoro (“*deum sum caelo et claram maioribus astris*”); en la

⁵ Citado por Annie Detalle en su edición de *Les Trophées* de José María de Heredia, Gallimard, Coll. Poésie, 1981 [1945].

epístola sobre Colón de Etienne de la Boétie *Ad Belotium at Montanum* (“*alio fulgentia sidera caelo*”); en el soneto de M. de Saint-Gelais; en *Alabanza de los Voyage Aventureux* de Jean Alphonse de Saintonge (“*et autre ciel s’y voit d’autre nature*”); en *Los Lusíadas* de Camoëns (“*là no novo hemispherio nova estrella*”); en la *Araucana* de Ercilla (“climas pasé, mudé constelaciones”); en las *Elegías de varones ilustres de Indias* de Juan de Castellanos (“otras estrellas de nuestro estandarte / nuevo cielo de nuestra bandera”). Durante el siglo XVII sobreviven cuando menos en Bernardo de Balbuena, que las menciona en varias ocasiones. (Pedro Henríquez Ureña, *Las corrientes*, pp. 17-18).

En la serie de sonetos de José María de Heredia sobre *Los conquistadores* se funden y concentran no pocas arterias palpitanes de la conquista y del descubrimiento de América. Al releerlo, estamos recordando la historia de América tal y como fue salvada por el poeta mayor del parnasianismo francés —un americano— que tanta influencia tuvo en el despertar del Modernismo.

IV

La historia de la literatura puede ser una serpiente que se muerde la cola, por eso no resulta descabellado mencionar entre las fuentes o marcos precedentes del poema-ensayo *Visión de Anáhuac* la serie de poemas consagrados a *Los conquistadores* por José María de Heredia, donde se encuentra ya esa tensa visión poética de la historia americana que anima al texto de Alfonso Reyes. La idea y práctica de una visionaria arqueología poética que va más allá de la restauración decorativa y que aspira a recobrar el aliento mismo de la Antigüedad Clásica y de la épica medieval es, por supuesto y más allá, un impulso discernible ya en el alma romántica y manifiesto en particular entre los autores del simbolismo, el Parnaso y el Modernismo, desde el misticismo pagano de Louis Menard y la arqueología visionaria de Leconte de Lisle, hasta *The Book of the Ring* de Robert Browning.

V

El eco que tuvo Heredia, el poeta francés, en las letras hispanoamericanas y españolas del primer y segundo Modernismo fue arrollador. Las traducciones de Enrique Díez-Canedo, de Julián del Casal, de Leopoldo Díaz y de Julio Herrera y Reissig, de Max Henríquez Ureña y de Enrique González Martínez y varias decenas de otros poetas de diversos países hicieron de Heredia un autor de culto —si esa expresión tiene algún sentido— y de *Los Trofeos* un libro donde, hacia atrás y hacia delante, confluye la historia de las literaturas española, francesa e hispanoamericana. Arriesgo a continuación una imitación libre en prosa de su poema “Brisa marina”.

VI

“BRISA MARINA”

DOS IMITACIONES LIBRES EN PROSA

Primer grado

El invierno desfloró la pradera y el vergel. Todo está muerto. Sobre la roca gris y uniforme donde se rompen incesantes las cuchillas del Atlántico, el pétalo marchito cuelga del último pistilo. Y sin embargo yo no sé qué aroma sutil exhalado hasta mí por la brisa del mar colma mi corazón de un efluvio tan suave que lo embriaga; ¿de dónde viene ese aliento tan extrañamente perfumado? Ah, lo reconozco. Viene del oeste, desde tres mil leguas, desde allá donde las azules Antillas se desmayan bajo el ardor del astro occidental; y desde ese arrecife azotado por el oleaje gaélico, he respirado en el viento que embalsamó el aire nativo la flor antaño abierta en el jardín de América.

Segundo grado

Aspiro en el llano la niebla difusa. Es invierno pero la bruma está tibia. La bruma oculta en sus telas de vapor el bosque próximo, pero en el olfato intenta otra floresta. Llego hasta esta llanura, como guardado en un estuche, el recuerdo fétido de los cañaverales podridos, acre peste de remotos manglares ensayando tierra del otro lado del océano. Desde el peñón flagelado por la marea gaélica, apuro una memoria inexplicablemente fija, suspendida en el aire que

William Turner, *Shoeburyness Fisherman Hailing a Whitstable Hoy*, 1809

es como esa veta sangrienta que atraviesa la madera de mis sueños.

VII

En este poderoso poema impregnado de una mórbida sensualidad y de una anhelante nostalgia tanto más intensa cuanto más espontánea, entrevemos el alma secretamente desgarrada del poeta, sentimos suspirar su melancolía: ese aire *embalsamado* como una momia le trae a la memoria imágenes y sensaciones que lo embriagan con la promesa retrospectiva de una plenitud perdida: la infancia en Cuba, el recuerdo de la plantación devastada en un incendio, la imagen del padre muerto a bordo de un barco a la deriva en las aguas inmóviles de una calma mortífera en altamar, la huella herida y todavía abierta del primer amor desmayado bajo el sol ardiente.

Por todo el poema alienta una sorda pero exigente sensualidad, y parece sostenerse sobre dos columnas semánticas —la de la destrucción y la del erotismo— enlazadas por esa brisa que impregna con su olor equívoco los dos reinos: el de la muerte y el de la vida cautiva en la memoria. La brisa representa un intersticio. Es una materialización del sueño en el cual anida y se abriga la perdurable flor de fuego: la vida del poeta.

Por vía de ejemplo, recuerdo estas dos traducciones del célebre poema:

BRISA MARINA⁶

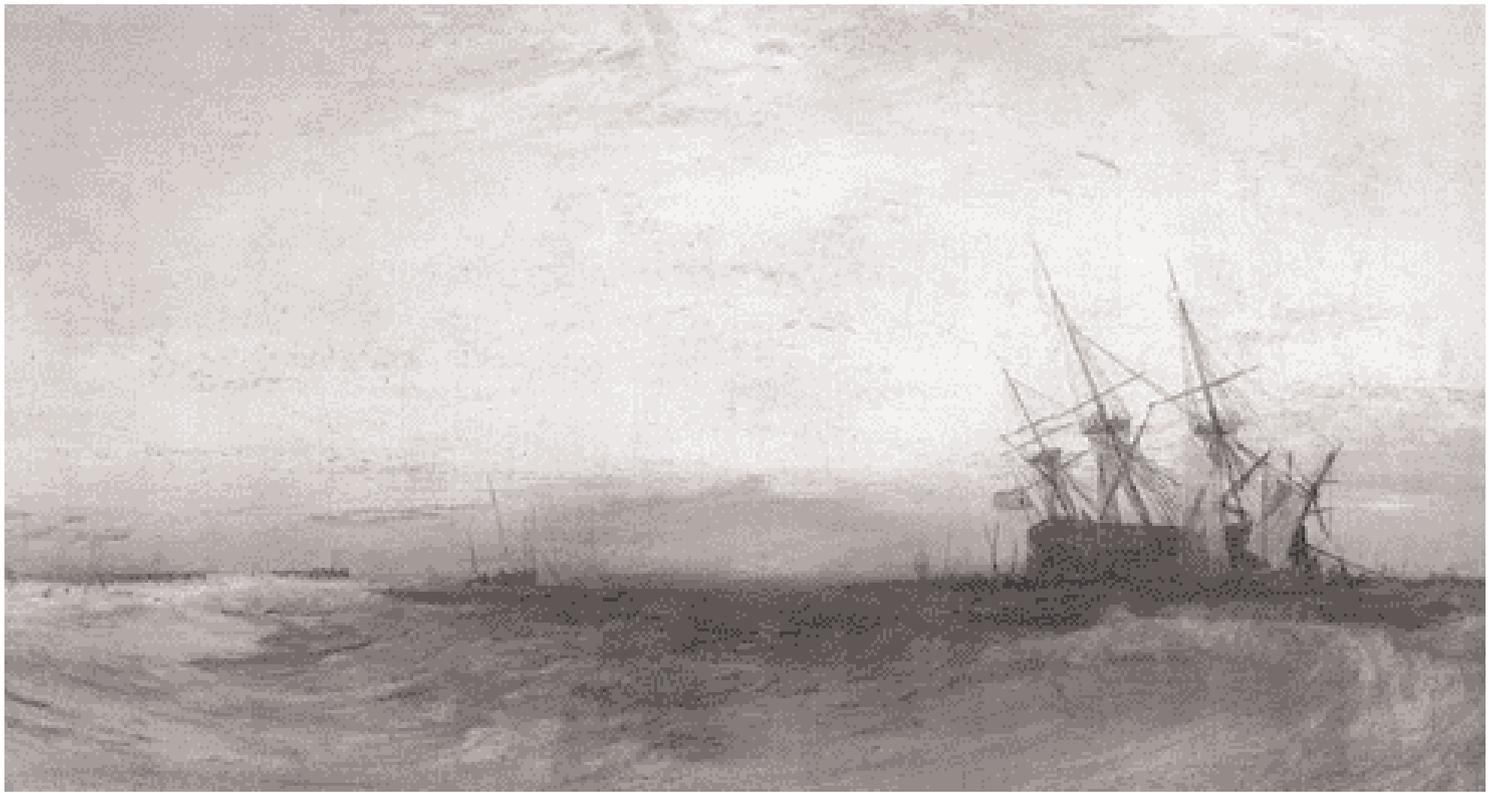
El erial y el cortijo la escarcha ha
[desflorado
todo murió en la roca del peñón ceniciento
que el Atlántico azota con ímpetu violento,
hay, del postrer pistilo, un pétalo colgado.

Pero ignoro no obstante qué soplo
[embalsamado
el mar hasta mí exhala, traído por el viento,
con cuyo efluvio ardiente tal embriaguez
[yo siento:
¿de dónde viene este aire sutil y profundo?

Ah, yo lo reconozco: llega de tres mil millas
de Oeste, de las playas en donde las Antillas
al fuego se desmayan del astro occidental.

Desde el peñón que bate la ola celtibérica,
aspiro con el viento balsámico y natal
la flor que abrió su cáliz en el jardín de
[América.

⁶ José María de Heredia, *Los Trofeos*, prólogo, traducción y notas de José Antonio Niño, p. 172.



William Turner, *A Ship Aground*, ca. 1828

BRISA MARINA⁷

El cortijo y el páramo, invierno ha
 [despojado
 de sus flores, y todo ha muerto. En grísea
 [roca
 donde, sin fin, la onda del Atlántico choca,
 del último pistilo cuelga el pétalo ajado.

Pero no sé qué aroma tan sutil, exhalado
 del mar, me trae la brisa; y de embriaguez
 [sofoca
 mi corazón su efluvio, que algo extraño en
 [mí evoca...
 ¿De dónde viene el soplo cálido y
 [perfumado?

¡Ah, sí! Lo reconozco. Viene de tres mil
 [millas,
 del mundo en cuyo seno las azules Antillas,
 bajo el ardor cimbréanse del astro de
 [Occidente.

Y desde el peñón kímrico, que bate ola
 [colérica,
 aspiro, en esa ráfaga de aire natal y ardiente,

⁷ José María de Heredia, *Los Trofeos*, discurso preliminar, traducción, notas y apéndices de Max Henríquez Ureña, Ediciones Ercilla, Santiago de Chile, 1938, pp. 110-111.

la flor que abrióse un día en el jardín de
 [América.

Hago una observación de orden léxico. Heredia echa mano al final del poema de una arcana y sonora palabra hoy casi en desuso. Max Henríquez Ureña traduce “Kymrique” como “kímrico”, neologismo que en español resulta hermético y confuso. Más didáctico, José Antonio Niño traduce “ola celtibérica”. Yo, a mi vez, en la versión en prosa, he obedecido la pendiente pedagógica pero he optado por “gaélico” dado que “Kymrique” se refiere a una antigua deidad celta. Es cierto que hubiese podido poner “oleaje celta”, pero me pareció más elocuente “gaélico”. De hecho “Kymrique” es una palabra muy antigua. Los antiguos galos se dividían en *Galls* o *Gaels* y *Kymris*, dos razas originarias de Oriente pero cuya lengua derivaba en última instancia del sánscrito. Los *kymris* daban o tomaban ese nombre de uno de sus jefes. Del pueblo y de la lengua de los *kymris* —asentados en la costa noroeste de Francia y en la parte meridional de Bretaña— sólo ha quedado en la lengua corriente esta palabra: “Kymrico” que es ella misma como un peñón inmemorial. Otra herencia de este pueblo extinto es, ni más ni menos, la saga

llamada *Mabinogion*, “perla de la antigua literatura gala y la expresión más perfecta del genio Kímrico”, según Ernest Renan en su libro sobre las antiguas literaturas celtas. Por estas razones creo que traducir gaélico donde dice “Kymrico” es, por así decir, más transparente desde el ángulo de la historia de la cultura. A pesar de las apariencias “Kymrico” no tiene nada que ver con “químérico”, voz de origen griego y latino.

VIII

José María de Heredia no fue un gran innovador sino, como señala André Gide, un gran conservador en el sentido más fecundo de la palabra, un perfeccionista en cuyas manos los instrumentos literarios inventados por otros llegaron a la plenitud. Su obra breve y tensa es por eso inagotable. Cada poema suyo es un pétalo donde florece íntegro el jardín de la memoria. La figura de los dos Heredias, los dos poetas, los dos cubanos, no ha dejado de inquietar la imaginación de los escritores. Tal es el caso de la novela de Carlos Fuentes intitulada *Una familia lejana* (1980), fraguada alrededor del juego de homónimos entre un (Víctor) Heredia francés y otro (Víctor) Heredia mexicano. **U**